

ESTADO DEL BIENESTAR Y EDUCACIÓN (DIVAGACIONES SOBRE ALGUNAS APORÍAS)

Remedios MAURANDI GUIRADO
Universidad de Murcia

1. UNIDAD Y UNIVERSALIDAD

Es imposible educar sin poseer previamente una visión global del ser humano como paradigma que debemos alcanzar. No estamos solamente socializando, trasmitimos pautas de conducta, de forma intencional, formalizada¹.

Cuando nos encontramos con un modelo social determinado, establecido desde unos parámetros que tienen mucho que ver con la concepción económica de la vida privada o pública los ideales educativos sufren una especie de esquizofrenia práctica. Por un lado, es imposible renunciar a la utopía que supone el proceso educativo, y por otro, este ideal de hombre que queremos alcanzar se da en un contexto concreto y en una sociedad cuya configuración no ha contado en la mayor parte de los casos con una concepción del ser humano que en ella habita aunque aquella concepción subyace siempre en dicha sociedad.

Existen valores confesados y explícitos, y valores ocultos en toda *Weltanschauung*, y es el sujeto que está inmerso en ellos participa de los valores de la ideología dominante. Resulta casi imposible compatibilizar, por un lado, la idea de neutralidad ante las distintas concepciones del mundo que propone el Estado Moderno como garantía de respeto a las ideologías y al propio pluralismo que subyace en la sociedad civil, pretendidamente democrática, y, por otro lado promover al mismo tiempo un modelo educativo, perfilado y diseñado desde los niveles mínimos: hasta los estudios universitarios, de forma que resulte no sólo coherente sino definido y de acuerdo con las líneas ideológicas del gobierno que nos preside en cada instante. Desde ahí, entre otras cosas, se produce el conflicto de los estados democráticos que han optado por el modelo de "Welfare State".

Educar sin tener en cuenta los fines, nos parece imposible, establecer fines sin tener unos valores, también.

Hasta casi finales del siglo XVIII la presencia del Cristianismo como gestor e inspirador de una cierta concepción del mundo invadió todo el mundo occidental. La secularización es un proceso lento desde el punto de vista social y político. Y cuando aquélla empieza a impregnar en la práctica el tejido social de Occidente, se ve mezclada con una concepción del mundo que lucha por definir a un ser humano en el complejo mundo de la indefinición y la posibilidad. Me explico. No hay detrás del Estado moderno que surge en el siglo XVIII una visión uniforme no ya monolítica, de lo que se pretende. Es complicado y se presta a la sublimación del proyecto de definir qué queremos, cuando continuamente nos referimos a lo que no queremos, y apostamos por una pluralidad de cuya ideologización o manipulación no sospechamos. La concepción de

¹ Cf. BUSTELO, Ignacio (1996), "Lo estatal, lo público y lo privado", *Cuadernos de Pedagogía*, nº 248, pp. 48-54

Rousseau, Marx o Nietzsche no tienen cosas en común y, sin embargo, todas ellas son producto de la secularización.

Hemos perdido la visión unitaria de la existencia, nos encontramos efectivamente sumergido en la multiplicidad en la que se manifiesta la razón en el mundo contemporáneo.

Saber cómo educar requiere tener un sistema claro o, por lo menos, definido, de valores y nuestra sociedad se caracteriza por la convivencia de varios sistemas y modelos que suponen a veces ideales incompatibles entre sí.

En la Sociedad del Bienestar se conjugan, como pretensiones globales, la capacidad productiva, en tanto elemento compensador de desigualdades que responde a un modelo económico determinado, y al mismo tiempo la educación como instrumento fundamental para paliar esas desigualdades que el propio sistema productivo genera.

El Estado moderno occidental se ha sacudido el yugo monolítico de la confesionalidad con todo lo que ello conlleva de imposición en las conciencias colectivas, pero se ha sometido acríticamente a un yugo mucho más sutil, el de la competitividad, en cuyo nombre se hace cualquier cosa sublimando toda acción mediante el halago y premio al ego personal.

Desde esa situación transmitimos valores por lo menos discutibles que incurren cotidianamente en la usurpación de nuestra cacareada neutralidad moderna. Siempre que educamos lo hacemos desde un cierto orden valorativo, y en el Estado de Bienestar hay unas escalas sociales implícitas que se benefician de esos valores, mientras que otras quedan completamente alejadas de ellos. Entendemos como una actividad legítima el hecho de abarcar, como antes decíamos todo el ámbito educativo bajo la pretendida universalidad para todos; es más, el Internet nos iguala e iguala no sólo metodologías sino también ideologías globalizadoras insertas en él. Parece que podemos educar no sólo nacional sino internacionalmente, y vendemos este producto en aras de una mayor sociedad comunicativa, con lo cual confundimos objetividad y universalidad con uniformidad de pensamiento y acción. Uniformidad, no nos engañemos, intencionalmente dirigida hacia la construcción de una sociedad concreta y discutible, la del bienestar.

2. SEMEJANTES Y DIFERENTES

Vivimos en un ámbito plural, diferente, heterogéneo, y es imposible transitar entre sus redes sólo con el arma descomprometida de la actitud tolerante. Este es un primer hito en nuestra convivencia educativa. Porque tolerancia, como el valor en el ejército, se nos debe suponer, pero es el primer principio básico para construir no ya una sociedad del bienestar sino una auténtica sociedad civil, tolerancia como hija de una ética de mínimos convivenciales en la puesta en marcha de un largo camino. Ser tolerantes en el Estado de Bienestar de las sociedades occidentales es tener fuertes convicciones desde las que vemos “al otro” no como a nosotros mismos, sino como “otro”, es decir, distinto, diferente, diverso y, en tanto tal, sujeto que se nos enfrenta y nos reclama, identidad diferente que nos solicita en la comunicación, productor y receptor de diálogo, confrontación, consenso o disputa. Toleramos desde nosotros mismos y ese “nosotros” no puede confundirse ni diluirse ambiguamente, por eso conviene siempre, aquí y ahora, aclarar qué sujeto y desde qué valores supuestamente expresados o implícitos educa y para qué la llamada sociedad del bienestar.

Esta sociedad pretende prestar unos servicios desde el ámbito social con carácter público, es decir, para todos los ciudadanos y desde el poder estatal. Este es quizá el origen o una de las aporías de la esquizofrenia en la que se encuentra. Es un Estado de Bienestar para todos

—también en el ámbito educativo— y al mismo tiempo es una educación que pretende potenciar las individualidades, las culturas, los contextos distintos, la diversidad rica y multiforme que nos constituye. Eso significa que en cada instante, en cada situación, tenemos que partir de una particularidad restringidísima que se parece mucho a lo que entendemos como ámbito de lo privado. Todos tienen derecho a la educación pero cada uno ofrece una dificultad para disfrutar de ella.

3. DESARROLLO Y DESARROLLOS

El Estado de Bienestar tiene, como telón de fondo en sus pretensiones políticas, un mundo en desarrollo progresivo, hijo aún del sueño ilustrado, pero también deudor del conflicto inherente a ese desarrollo que supuso la Revolución Industrial, conflicto que planteó la convivencia entre una evidente mejoría técnica global y el empobrecimiento de la calidad de vida que experimentaron los propios sujetos protagonistas de la Revolución Industrial.

El Estado de Bienestar ha empezado a hacer crisis justo en el momento en el que sus objetivos de oferta de servicios se han visto afectados por la propia globalización del planeta y el conflicto se ha planteado por la propia concepción originaria del desarrollo. Intentar un desarrollo global que afecta a todos los individuos y al mismo tiempo respeta las prioridades que cada sociedad establece en sus propios procesos, esa es la cuestión.

En la última década, las políticas educativas de los países que pretenden este sistema no tienen unos planteamientos meramente economicistas, porque la permeabilidad de las necesidades básicas que plantean los países subdesarrollados, por ejemplo, ha filtrado la necesidad de un planteamiento de desarrollo que asuma con mayor urgencia la dimensión humana.

El hecho de que el Banco Mundial y la ONU hayan incorporado en sus discursos esta nueva concepción de desarrollo² necesariamente tiene que cuestionar los planteamientos de las políticas educativas de los países occidentales comprometidos con el Estado de Bienestar.

La intercomunicación cultural obliga, por pura supervivencia, a nuevos puntos de partida. A nadie se le oculta hoy que el desarrollo tiene que ser humano, social, autosostenido, participativo, colectivo y, sobre todo, autocentrado pero no aislado. Una de las razones por las cuales el “Welfare State” ha entrado en crisis, no nos cabe duda que está en su configuración de gueto como modelo educativo de una sociedad, que cuando se planteó este sistema socioeconómico ignoraba hasta que punto éramos interdependientes.

Cuando consideramos que participar es admitir que las personas intervengan en los procesos culturales, sociales, económicos y educativos que afectan a sus vidas, estamos defendiendo que las personas sean sujetos de su propio desarrollo, es decir, que sean protagonistas de su educación, de tal manera que los intereses creados de tipo económico, político, y los obstáculos que potencien la exclusión social, la competitividad, el exceso de burocracia, etc, siempre sean considerados por quien dirija y coordine las políticas educativas como lo que son: obstáculos sociales para la universalización de un modelo educativo de bienestar social.

² Cf. TORRAS, Marta, *La participación de los pueblos en su desarrollo* (1995), Intermón, Barcelona.

Tener acceso a la formación y a la información es una de las premisas de igualitarismo que presupone la sociedad del bienestar, porque ello da lugar a una condición ineludible para participar en el mundo laboral. Por ello, potenciar las capacidades de cada uno significa tener acceso a bienes y servicios que dan por hecho una calidad de vida determinada como bueno, por lo menos, como aceptable.

4. LA CONSTRUCCIÓN PARTICIPATIVA (JUVENTUD Y GÉNERO)

¿Cómo hacer extensible el Estado de Bienestar a todas las culturas si prescindimos de concurso de las propias culturas? ¿Cómo seguimos, desde el ámbito educativo, predicando la atención a la diversidad no sólo física sino también cultural y étnica, mientras elaboramos discurso en los que no ha intervenido la experiencia y la sabiduría de aquellos a quienes va destinada la educación?

Las personas que padecen y configuran una sociedad pueden y deben aportar mucho en el diseño y puesta en marcha de las soluciones educativas que les afectan.

El juego que la educación puede, y seguramente sería bueno que orquestara, tendría que fundamentarse en el desarrollo de ciertos factores del ámbito educativo, de alguna manera universales, y que en este caso abren diálogo con las generaciones educadas en el Estado de Bienestar y aquellos mundos a los cuales va dejando este sistema entre sus flecos periféricos a los que por otra parte va destinado en parte, como colectivos residuales que él mismo o la socialdemocracia en la que se enmarca configuran.

Me refiero con ello a factores psicológicos característicos de un segmento típico de la educación, por ejemplo los jóvenes, que si bien nunca estuvieron tan perdidos y desorientados, y pocas veces se han sentido tan paternalmente protegidos y al mismo tiempo solos, siguen teniendo como notas características de su juventud, ese afán por la aventura, ese interés por las causas colectivas, esa facilidad para la relación y ansia de vida comunitaria. Las campañas del 0,7 y las respuestas de los diferentes movimientos de solidaridad de nuestros días nos lo demuestran.

Hay algunos proyectos educativos que intentan conectar a los sujetos de la educación con el entorno del mundo que les rodea y en el cual han de vivir. Proyectos que, teniendo en cuenta las características de los jóvenes, sensibilicen, al tiempo que les implican en la acción.

El modelo de investigación-acción es el paradigma de aquello que Federico Ozanan, el joven universitario parisino del pasado siglo, tenía como horizonte vital: "No nos dieron dos vidas, una para reflexionar y otra para actuar". Por eso hay que hacerlo todo simultáneamente. De ahí que la experiencia concreta de ver y sentir mientras conocemos sea una experiencia educativa sugerente si el Estado de bienestar pretende ofrecer alguna prestación social en el campo del conocimiento.

La tarea educativa supone hacer a los sujetos capaces de reflexionar y actuar al mismo tiempo, es decir, hacer de ellos sujetos democráticos y, en tanto que tales, participativos, que se interroguen por su realidad. La realidad que ellos perciben y sienten es plural, intercultural diversa, está afectada por problemas globales que ponen en peligro el planeta y el orden socioeconómico en que se desenvuelven, tales como el medio ambiente, las cuestiones étnicas, los nacionalismos, las raíces religiosas o las cuestiones de género.

El Estado de Bienestar, para responder fielmente a las cuestiones educativas que a finales de siglo se plantean, tendría que tomarse en serio en el mundo de la educación, en primer lugar, las cuestiones de género a las que antes aludíamos.

Educamos en unos ciertos valores sociales determinados y determinantes a una humanidad compuesta por mujeres y hombres, por tanto iguales y diversos. Si el género es una construcción que permite que nos situemos en un lugar del mundo determinado y en unos papeles concretos, es obvio que hay que analizar los supuestos éticos, metodológicos y políticos que hacen que se configure una determinada educación en un contexto.

No podemos quedarnos con la ingenua idea de algunos mínimos conseguidos a este respecto. Las mujeres no somos un asunto del que “se trata” de forma supuestamente progresista. El Estado de Bienestar debe un tratamiento que se haga desde una construcción que analice las desigualdades como categoría de estudio discriminatorio.

El género debe ser una categoría para estudiar no sólo el mundo cotidiano de la privacidad sino también el mundo público. Debemos indagar las consecuencias que se desprenden de la pertenencia a uno u otro sexo. Por eso conviene hablar de género en las respuestas que se den al desarrollo en las políticas del Estado de Bienestar.

Los liberales o neoliberales que subyacen a este sistema hablan de la mujer como agente activo del desarrollo y de las reacciones de dominación, pero también y bajo otras perspectivas políticas se cuestionan que esto resulte una categoría válida desde la cual se analice el hecho de las mismas formas de dominación. Educar de forma no sexista supone contemplar la realidad desde un cierto caleidoscopio multiforme que conlleva conclusiones también multiformes, que sobre todo en este caso cuestionarían algunos supuestos básicos de la propia sociedad del bienestar.

Esto, a modo de ejemplo, supondrá en otros ámbitos del mismo modo revisar autocríticamente y relativizar muchos conceptos, vincular más y mejor entre sí los objetivos, estrategias e instrumentos del Estado moderno, de forma que las cuestiones periféricas que afectan y a veces estrangulan cada vez más a las democracias occidentales desarrolladas se planteen de forma paralela a como nos hemos planteado hasta ahora nosotros ciertos conceptos uniformes. Tendremos que educar para otro tipo de desarrollo, otro tipo de sujeto, otro modelo de sociedad.

5. BIENESTAR ECONÓMICO Y CAPITAL HUMANO

El problema de la educación en el Estado del Bienestar no es tanto un problema de contenidos o de métodos, sino de la relación entre el mundo real y aquello que se entiende por tal, si el inmediato, cercano, o todo aquello que nos configura y que se intercomunica de forma interdependiente, desde el correo electrónico, que preside nuestras vidas, y mucho antes, desde que los mass media son nuestro vehículo comunicativo fundamental.

Desde que Roosevelt pretendió que todos los ciudadanos tuvieran seguridad social, y un nivel mínimo de renta que les permitiera vivir, hasta nuestros días, el “Welfare State” ha mantenido esta tensión –esperemos que dialéctica– entre una actuación universalista con un fuerte gasto público que satisfaga el bienestar del ciudadano que lo reclama como un derecho, desligando toda acción social de cualquier apariencia o realidad graciable, evitando en lo posible los niveles de pobreza y también, como hijos de ella, de conflictos sociales.

El Estado se ha convertido en un padre bondadoso que provee a sus hijos de cuanto necesitan, pero a condición de no admitir la participación de los hermanos entre sí. Keynes prometía un crecimiento que se autoalimentara siempre, pero el modelo parece que ha entrado en crisis, ya ante tal novedad se empiezan a diseñar políticas intervencionistas para disminuir gastos también en la educación. Se vuelven los ojos ideológicamente hacia la “sociedad civil”, que se había minimizado.

La sociedad del bienestar puede regenerarse si invierte o ha invertido en capital humano que pueda con una mayor preparación enfrentarse al mercado laboral. La no cualificación genera un paro estructural, nos recuerda Victor Rennes³, y produce nuevas bolsas de pobreza

Qué duda cabe de que el capital invertido en educación tiene en el horizonte esta idea matriz y por ello paralelamente los gobiernos que han dado el paso de propiciar para sus ciudadanos la instalación del segundo estadio del Estado del Bienestar se han puesto mano a la obra en sus programas educativos, incluso aunque algunos, como nuestro país, no haya cubierto aún globalmente las necesidades básicas.

La movilización de los recursos humanos interesa en una política social que articule mecanismos educativos formales e informales. Hoy día la formación, también la académica, tiene que abarcar a todo el ser humano en sus aspectos psicosociales, mercantiles, en sus relaciones familiares, con su entorno, en su diversa capacitación, en una palabra, en todo su proceso de socialización, y al mismo tiempo, el Estado del Bienestar tiene que plantearse la integración de todos los ciudadanos, incluso los que el propio sistema económico ha marginado estructuralmente.

Hay actividades socialmente útiles que desempeñan algunos colectivos y que son completamente necesarias para la supervivencia de nuestra sociedad, y sin embargo esos mismos grupos son a veces rechazados en el mercado de trabajo (mujeres, personas de más de 65 años jóvenes, etc.). Estos sectores sociales son recursos humanos que aglutinan en un buen número las tareas de solidaridad social.

Sigue siendo a nuestro entender una gran ceguera no orientar las políticas educativas de tal manera que formemos ciudadanos para la participación social, priorizando acciones y curriculums que ayuden a un diálogo desde el tejido social, y no sólo desde instancias públicas de la administración de turno. Diálogo con la subcultura, la inadaptación, el desarrollo de nuevos valores para la vida social, de tal manera que se establezca una comunicación entre la pluralidad que habita en nuestras sociedades y los nuevos modelos de vida que exige el hecho de que no intercomuniemos y dependamos unos de otros.

BIBLIOGRAFÍA

- COMAS, I. (1996), "Voluntariado social", *Cuadernos de Pedagogía*, nº 249, pp. 88-93.
- DIEZ SALAZAR, R. (1996), *La cultura de la solidaridad internacional en España*, Cristianismo y Justicia, Barcelona.
- GRASSA, R. (1992), *El nuevo sistema internacional y el futuro del desarrollo*, Información Comercial Española, Madrid.
- LÓPEZ, F. (1994), *Para comprender la conducta altruista*, Verbo Divino, Estella.
- PASCUAL, Josep M. (1989), "Crisis y alternativa al Modelo Universal-Desarrollista de la política social", VV.AA., *Crisis económica y Estado del Bienestar*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.
- PORTOCARRERO, P. y RUIZ BRAVO, P. (1990), *Mujeres y desarrollo*, Madrid, IEPALA/Flora Tristán Centro de la Mujer Peruana.

³ Cf. RENNES, Victor (1994), *Luchar contra la pobreza hoy*, HOAC, Madrid.